

Desconsolada Paz, y triste Honorio, llorando á solas ven una belleza en el sitio peor de un territorio donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y — ¿Quién eres? — preguntan á la dama, que en el lugar del astro más oscuro brillaba, cual la flor sobre una rama que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Ella al sentir colgada por delante una moneda taladrada al cuello, procurando ocultarla, en su semblante del más negro pesar llevaba el sello.

PAULA MEJÍA

— Fui por mi esposo sorprendida, un día que mis deberes olvidé de esposa, — respondió á Paz, al fin, Paula Mejía, encendida su faz como una rosa.

— Págala bien, — de palidez cubierto, el marido cruel dijo al amante, en cuyos brazos ¡ay! debí haber muerto, ciega de amor, perdida y palpitante.

— O al punto — continuó con rabia fiera — te parto el corazón con esta daga, ó un escudo la das, de igual manera que á una mozueta de cuartel se paga. —

«¡Ay! el amante obedeció al marido; aquél, infame, y éste, rencoroso. Así, no muerta, deshonrada he sido entre un amante vil y un fiero esposo.

»Y después el marido deshonrado, con un frío rencor, que aun me horripila, de una cinta, el escudo taladrado, á mi cuello colgó como una esquila.»

Y Paz echó de ver que, esto diciendo, el escudo fatal Paula ocultaba, y á la pobre mujer compadeciendo, lloró también, al verla que lloraba.

— ¿Por qué no me mató piadosamente, de aquel amante vil entre los brazos? — gritaba en ese estado en que la frente hacerse quiere, al parecer, pedazos.

Calla; su rostro con las manos tapa, y así de nuevo á sollozar comienza, y un llanto por entre ellas se le escapa, de rabia, de terror y de vergüenza.

Después de andar de un lado al otro lado, se paró, miró al cielo, abrió la boca, aspiró el aire, y luego de aspirado, gritó y se echó á reír: ¡estaba loca!

Y en la rabia y la pena que sentía, unas veces riendo, otras llorando, á solas se quedó Paula Mejía una voz sin palabras murmurando.

ESCENA XXXIV

El pecado de la impureza
(CUARTA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — TERESINA DE LA PEÑA

ARGUMENTO

Siguiendo su viaje por el astro putrefacto, encuentran á las coquetas y después á Cleopatra guiando á varias mujeres. — Ve Honorio á Teresina de la Peña, la amante de un amigo suyo, y ésta le cuenta cómo el deseo de venganza la precipitó en el crimen.

Los devotos de Venus y Cupido, después de una existencia divertida, respirando aquel aire corrompido, beben la muerte en lo que da la vida.

De pólen impregnados, los ambientes van cargados de lúbricos vapores; á sus pies se deslizan las serpientes, y la fiebre se oculta entre las flores.

Las aguas estancadas agitando de los pútridos charcos, se desatan unos vientos que, tibios revolando, enferman tanto allí, que casi matan.

Imitando en su cuerpo, que cimbreo, con gesto blando y corazón de acero, la cintura de Venus Citerea, que hizo perder el juicio al mundo entero,

Y juntando á la gracia de su talle la eterna risa que á su labio asoma, las coquetas hallaron en un valle de flores sin color y sin aroma.

Inútiles deseos excitando, cuerpos nobles con almas corrompidas, fingen amor por vanidad, ansiando más bien ser admiradas que queridas.

¿Por qué, injustos los cielos, no han querido ó darles sentimiento ó continencia á esos pérfidos seres, que han sabido guardar la castidad sin la inocencia?

¡Bien haya el fuego eterno, si os alcanza á las que á tantos, con glacial falsía, llevasteis, de esperanza en esperanza, engañados un día y otro día!

¡Cuántos por ellas, con verdad se mueren, y las comedias de virtud adoran de esas falsas que lloran cuando quieren, y mienten además siempre que lloran!

Lo mismo allí que aquí, marchando arteras por caminos sin luz, cual los reptiles, las ven hasta con asco las rameras, nobles almas tal vez en cuerpos viles.

Bella y gentil, tras de mujeres tales, la reina Cleopatra resplandece, ostentando en su rostro las señales del placer no escaseado, que embrutece.

Un áspid la mató; mas se asegura que, hiriendo el áspid, la mató el despecho, pues cuentan que su sangre era tan pura, que el áspid reventó sobre su pecho.

Perdida el alma, ajada la materia, menos que ella tal vez, siguen, livianas, las hijas de la infamia y la miseria, madres del vicio, y de la peste hermanas.

Confunden con bostezos sus gemidos, sintiendo la embriaguez de la fatiga, porque Dios, del amor de los sentidos, hastiándonos de goces, nos castiga.

Hallando á una mujer viva y pequeña, de vida no muy buena, y mala fama, — ¡La pobre Teresina de la Peña!... — con ternura y dolor Honorio exclama.

TERESINA DE LA PEÑA

— ¿Sois?... — fué á decirle; y rápida y concisa, — La misma soy, — le interrumpió la sombra; y él hablando despacio, ella de prisa, ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

— Hasta el crimen por él precipitada... — la triste joven á decir comienza: y al decir *él*, por la emoción turbada, se puso colorada de vergüenza.

«La virtud aprendiendo de corrida, — siguió, de rabia y sentimiento roja, — después de abierto el libro de la vida, lo he leído hasta el fin hoja por hoja.

»Como el camino abandoné derecho, porque á otra se entregó, de celos llena yo, después, por vengarme, en mi despecho, — La vida corta, dije, pero buena. —

»Ciega en mi rabia, y en mis goces fría, marchita ya de mi virtud la palma, sin hallar el amor que á él le tenía, al placer me entregué con toda el alma.

»Aunque doté de artificial ventura, tejiendo el hilo del placer, á tantos, el tierno amor sobre mi vida impura ni una vez ha arrojado sus encantos.

»Y es que, á pesar de mi cruel despecho, mi ardiente corazón sólo á él quería, y siendo para él, aun en mi pecho la fuente del candor renacería.

»Perdida ya una vez, aunque demente, me lancé á una feroz incontinencia, no hallé dicha ni paz, pues solamente nos consuela de todo la inocencia! »

Y mordiendo algo, en sueños, con la boca, batiendo con los puños las rodillas, una especie sintió de rabia loca, que hizo llegar la sangre á sus mejillas.

Después hacia el tropel de innoble fama corriendo la mujer viva y pequeña, con ternura y dolor Honorio exclama: — La pobre Teresina de la Peña!... —

Y — ¡Adiós! — la dice; y rápida y concisa, — ¡Adiós, adiós! — le respondió la sombra; y él hablando despacio, ella de prisa, ni él la dice quién es, ni ella se nombra.

Y añade Honorio con viril coraje: — ¡A cuántas, como á tí, traen los celos á este astro de fatal libertinaje, pudridero maldito de los cielos! —

ESCENA XXXV

El pecado de la impureza
(QUINTA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — LOS MARQUESSES DE VALVERDE

ARGUMENTO

Acabando de recorrer el astro putrefacto, se encuentran otros viciosos; y después de ver pasar á las Celestinas, cierto hombrecillo les cuenta que un Marqués de Valverde, para castigar la desvergüenza de su mujer, hizo colocar el retrato de ella, con el vestido remangado, en el frontispicio de su casa. — Exclamaciones de Paz y Honorio, al abandonar el astro donde purgan los impuros sus pecados.

Cruzando aquella tierra corrompida, siguen hallando los perdidos seres, que creen que Dios les concedió la vida para agotar en ella los placeres.

Sobre sus tardos miembros, cuyos bríos agotaron los reumas y los años, resbaladizos, húmedos y fríos, ven con pena correr bichos extraños,

Los audaces, que llevan en la frente la expresión de los goces violentos, y que impuros revuelven en la mente toda suerte de inmundos pensamientos.

Y ven á los que, en falso enamorados,
convirtiendo el deseo en un suplicio,
de su inútil amor desesperados,
no sintiendo pasión, sueñan el vicio.

Van en pos de ellos, en tropel impuro,
en demencias de goces delirando,
hasta el tierno respeto, el amor puro,
con sus necios caprichos deshonrando,

Los Catones, Adrianos y Alcibiades,
que, apurando el deseo hasta las heces,
en sus gustos, banquetes y amistades,
hace el desorden del placer las veces.

Mercurios sin honor, raza maldita,
á quien mi lengua por pudor no nombra,
pues con su aliento la virtud marchita,
como el árbol que mata con su sombra.

Siguen detrás las que al amor brindaron
con la copa que encanta y que envenena;
traficantes de amor, que comerciaron
por cuenta propia y con delicia ajena.

De pronto, de entre un corro de mujeres
saliendo un hombre ruin, que causa hastío,
y un grupo señalando de tres seres,
que de verlos no más se siente frío,

Cuenta de ellos la historia vergonzosa,
mirando, mientras habla, al matrimonio,
con ojeadas de sátiro á la esposa,
y al hombre con sonrisas de demonio.

LOS MARQUESES DE VALVERDE

«Se alzó en Valladolid un edificio,
de Fabio Nelli en la plazuela un día,
y desnudo, en el ancho frontispicio,
el cuerpo de la dueña se veía.

»Creyó, haciendo la impúdica escultura,
este Marqués celoso y delirante,
vil castigar la vil desenvoltura
de esa adúltera esposa y del amante.

»Ciego, al llenar á su mujer de lodo,
no ve el Marqués que su deshonra sella,
publicando el imbécil de este modo
la infamia de él y la vergüenza de ella.

»Y ¿qué diréis del escultor impío?
No supo, al retratarla, el miserable,
que si el mundo perdona un extravío,
siempre es con la bajeza inexorable.

»Este fué el escultor que hizo el retrato,
ese el marido fué, la mujer esa:
¿cuál tuvo de los tres, menos recato,
el artista, el marqués, ó la marquesa?»

— Corriendo uno detrás, y otro delante,
sigue el marido á la mujer perjura,
y detrás de los dos marcha jadeante,
cargado el escultor con la escultura.

Y — ¡Malvado! — al Marqués, ya arrepentido,
dice el artista, de furor cegado;
— ¡Malvada! — á la mujer grita el marido,
y le responde la mujer: — ¡Malvado! —

Y el esposo á la esposa por la falda
la agarra airado, cuando huir procura,
mientras, fiero, al marido por la espalda
le pega el escultor con la escultura.

Y deshonrando al grupo sin decoro,
mientras la infame procesión seguía,
se deshonra también, silbando á coro,
un pueblo más infame todavía.

El putrefacto sol por fin dejando,
arrebata Paz de un santo celo,
— ¡Dichosos! exclamó, la vista alzando,
los que aman sólo lo que aprueba el cielo! —

Y al dejar aquel astro maldecido,
estas frases sobre él Honorio lanza:
«¡Cuán infelices son, pues no han sentido
la dicha del amor sin esperanza!»

»¡Nunca el sol con sus rayos esplendentes,
astro de maldición, tu fango dore!
¡Dios quiera, abrevadero de serpientes,
que un diluvio de rayos te evapore!»

ESCENA XXXVI

Las almas en pena

LUGAR DE LA ESCENA: De los cielos á la tierra

PERSONAJES

JESÚS EL MAGO. — SOLEDAD. — PAZ. — HONORIO. — PALACIANO. — LAS ALMAS EN PENA

ARGUMENTO

Hallan en los espacios las almas en pena del mundo extinguido, que, guiadas por Palaciano, buscan en vano la tierra, adonde deben ir á acabar las vidas comenzadas, así como muchas almas del globo terráqueo van á algunos astros á purgar sus pecados. Palaciano, al pasar, las guía hacia donde está su madre. Encuentro de Paz, de Soledad, de Honorio y Palaciano. — Nueva aparición y exhortación de Jesús el Mago. Viendo Soledad que las almas vacilaban sobre el camino que debían seguir, arroja delante de Palaciano un puñado de luz, que sirve á las almas de guía. Al separarse, suspiran los cuatro, cuyos suspiros, confundidos, servirán, andando el tiempo, para la creación de otro mundo.

Son tan inmensos los humanos duelos,
que hasta en el éter, con mortal quebranto,
más allá de los cielos de los cielos,
siempre ojos se han de hallar que bañe el llanto.

Ya vimos con dolor de qué manera
aquel rebaño de almas que antes iba
siguiendo á Palaciano, cual si fuera
guiado por un hada compasiva,

Para acabar la vida comenzada,
el mundo van buscando, y, anhelantes,
sin encontrar la tierra deseada,
de un sol al otro sol vagan errantes.

Con Paz y Honorio, Soledad, inquieta,
ve la miriada de almas, que, perdida,
muriendo antes de tiempo en su planeta,
va hacia la tierra á concluir la vida.

El intenso dolor de la locura
la grande turba de las almas siente,
y da vueltas y vueltas, y murmura
como un mar que susurra eternamente.

Ya imitan, cuando en grupos se adelantan
por la vaga extensión del firmamento,
el monótono ruido que levantan
los árboles movidos por el viento;

Ya á nubes de follajes se parecen,
que un deshecho huracán mueve con ruido;
ya á tórtolas pajizas, que se mecen,
piando en la enramada en que han nacido.

Con la inmensa atracción de un pecho que
hacia Paz las conduce Palaciano, (ama,
como las aves que el Bracmita llama
á comer cariñosas á su mano.

Y á Paz y á Honorio, circulando errantes,
las tristes almas con amor rodean;
y cual pájaros giran que, anhelantes,
en torno de un festín revolotean.

Aquél con altivez, éste sumiso,
al hallarse un hermano y otro hermano,
se ven ante su madre de improviso,
Honorio en pie, de hinojos Palaciano.

Ya juntos, de su madre en la presencia,
Honorio y Palaciano, aunque sin ira,
están con la glacial indiferencia
del que ve más allá de lo que mira.

Como un grupo de luz, entre ellos cae
Jesús de pronto, y prorrumpió: — ¡Victoria!
¡Consagremos al Dios que aquí nos trae,
amor, respeto, bendición y gloria! —

Escucha alegre Paz aquel acento,
que del espacio en el azul retumba,
y mientras oye Palaciano atento,
tan mudo Honorio está como una tumba.

«¡Salud! — siguió Jesús, — á aquel que guía
por buen camino á la perdida gente,
aunque ha olvidado un día, un solo día,
que es posible obrar mal, siendo inocente.

» ¡Esperad y sufrid! y cuando os halle
tocados por la fe, que á Dios le pido,
os llamaré de Josafat al valle,
y en tanto no olvidéis que no os olvido.

» Seguid sufriendo, y en el nombre santo
de Cristo, nuestro Dios, tended el vuelo;
la caridad os gué, y entre tanto
os bendigo en la tierra y en el cielo.»

Hallándose unos de otros frente á frente,
estas palabras de Jesús oyendo,
suspiraron los cuatro tristemente,
los ojos, con el alma, á Dios volviendo.

Y en mutuo adiós, tendiéndose la mano,
cada cual al partir de nuevo gime;
altivo Honorio, débil Palaciano,
Paz cariñosa, y Soledad sublime.

Las almas, esparcidas ó agrupadas,
se revuelven cual pálidas neblinas,
como andan por la atmósfera, á bandadas,
en octubre, al partir, las golondrinas.

Al verlas vacilar, siempre amorosa,
sonrió Soledad, tendió su mano,
un puñado de luz cogió, y piadosa,
delante lo arrojó de Palaciano.

Y por el cielo azul después cayendo
la luz como si fuera un aerolito,
delante de las almas fué midiendo
con un hilo sutil el infinito.

Y es que el globo de llama, al desprenderse,
cual ovillo de luz se deshacía,
y á las almas en pena, al deshacerse,
el hilo iba sirviéndoles de guía.

Enternecida Paz, mirando al hijo
que á las almas guiaba, en su embeleso,
— ¡Adiós! ¡adiós! — á Palaciano dijo,
dándole, amante, en cada adiós un beso.

Suspendiendo las almas sus congojas,
volaron hacia el mundo á toda prisa,
ya sueltas, ya en montón, como las hojas
que se esparcen llevadas por la brisa.

Por gracia de Jesús, cuando gimieron,
juntos los ayes, en revuelto giro,
se acercaron, se unieron, y se hicieron
de los cuatro suspiros un suspiro.

Y en uno todos con amor mezclados,
los bendijo Jesús á su partida,
porque fuesen, un día condensados,
de un mundo que será, germen y vida.

Y así corriendo, y entrañando unidos
la fe, la duda, la bondad, los celos,
cruzaron desde entonces confundidos,
como una tromba de pasión, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,
por si errante algún alma se perdía,
un punto con el dedo señalando,
— ¡Por allí!... — con el gesto les decía.

Del coro de las almas vagabundo,
con perfecta humildad, con fe cristiana,
cada cual baja á ser acá en el mundo
una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz despavoridas
á las almas en pena allá á lo lejos,

que aun cruzan el espacio confundidas
entre tenues y pálidos reflejos;

Y que, conforme de los cielos huyen,
por el vapor que los espacios puebla,
se deslizan sutiles, como fluyen
los rayos de la luz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,
buscan las almas su postrer calvario,
y van, por Palaciano conducidas,
de la tierra al infierno temporario.

Parte Jesús: el cielo está sombrío;
siguen las almas su camino incierto;
se alejan Paz y Honorio, y el vacío
hasta de sombras se quedó desierto.



ESCENA XXXVII

El pecado de la envidia

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro paradisíaco*

PERSONAJES. — PAZ. — HONORIO. — LEONOR DE NAVARRA

ARGUMENTO

Llegan Paz y Honorio á un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar á los maldicientes y á los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos á Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató á su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra. — Después Honorio ve la imagen de su hermano, á quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,
corren, sintiendo duelos sobre duelos,
los astros de los vicios capitales,
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,
en su calvario sideral pasaron,
los grupos de unas islas misteriosas
de un celeste archipiélago encontraron,

Y en una de ellas con sorpresa miran
un claro edén, en derredor sombrío,
y en medio de un infierno, un cielo admiran,
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado
de las áridas gredas de un desierto,
y fuera del oasis encantado,
parece al rededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,
no envidiosa jamás, siempre envidiada;
con su eterna verdura, parecía
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones
descansaban en paz, sin ansia alguna,
pues brillaban en él todos los dones
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado
mirando el astro en derredor, se advierte
un árido país, tan desolado
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;
dentro, el amor y el religioso anhelo:
para castigo, el que envidioso admira,
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,
aparta de él las envidiosas gentes
un cercado de cactus, que, terrible,
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

Y en torno, cual si fuesen rencorosos
vampiros, por sus tumbas vomitados,
contemplan el edén, los envidiosos,
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente
maldice el bien ajeno hasta el delirio:
se envidia todo allí; tan solamente
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,
con ojos de rencor, que baña el llanto,
se entregan rencorosos, por afuera,
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,
al herir á traición, sienten con ira
la bárbara alegría del pirata
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,
á fuerza de esperar, se desesperan,
y que pasan la vida contemplando
cuánto tardan las muertes que se esperan,